

Permanecer en el amor

Por. Esteban Beltrán Ulate (1)

El amor (ἀγάπη) acaece como condición necesaria de su exceso, su naturaleza es donación y no tiene horizonte, en su derramarse en el mundo ilumina el rostro, dirigiendo un llamado por medio del resplandecer en la mirada, su gesto es gracia que colma de gozo (χαρὰ).

La gracia de este fenómeno saturado, pasa de lado, frente a aquellos que se miran así mismos como Narciso, frente a los que ensimismados en su egoísmo son incapaces de gozarse en el amor (ἀγάπη), estos individuos desprecian la trascendencia en su afán por alcanzar satisfacer placeres inmediatos, se alejan de la gracia y pierden sus alas como Ícaro, terminan náufragos en un mar de soledad. El individuo ególatra es como una casa sin puertas ni ventanas.

Meditando en el evangelio de Juan (Juan 15, 9-11), se anuncia la tarea a la que estamos llamados: “Permanecer en el amor (ἀγάπη)”; permanecer que no implica pasividad en un lugar, sino más bien acto vocativo, donación de sí hacia el otro, hacia el prójimo. El amor que nos rebasa, nos convoca a vivir para y con el Otro, y así tejer una comunidad en el amor (ἀγάπη).

El que se entrega a la gracia del amor se constituye casa abierta, que recibe al otro como amigo para juntos compartir con gozo (χαρὰ) el pan y el vino, el llanto y la alegría; y con esperanza llegar algún día a amar como aman aquellos que mueren de amor (ἀγάπη).

Donarse al amor no es solamente una tarea espiritual, es a su vez una tarea en el mundo práctico, lo que implica una posición ética y política en toda esfera. El que se entrega al amor reconoce su vida como misión y comprende que “un corazón que sabe amar no deja entre en su vida algo que atente contra ese amor, algo que lo debilite o lo ponga en riesgo” (Gaudete et Exsultate, 83)

El que no es fiel en lo poco tampoco lo será en lo mucho o ¿acaso es fiel el que desprecia la palabra viva del evangelio por medio de actos que evocan el desprecio hacia el Otro y hacia la naturaleza?, en la infidelidad solo es posible heredar el viento a las generaciones, en cambio en el amor la herencia es un cielo nuevo y una tierra nueva. Ser fiel en el amor es tener apertura al otro en su diferencia y pluralidad, es abrazar y comprometerse con su existencia, es mantener-se-y-permanecer-en la palabra viva, que nos llama a seguir un camino que es verdad y vida.

“La alegría del evangelio llena el corazón y la vida” (Evangelii Gaudium, 1), esta palabra que colma de gozo se puede anunciar de muchas maneras y con muchos lenguajes, ya que son muchos los que buscan incansablemente a Dios aún sin ni siquiera tener conciencia de ello, como lo expresa Santa Teresa Benedicta de la Cruz “Quien busca la verdad, busca a Dios, sea o no consciente de ello”.

En la sociedad de las opiniones y discursos efímeros, el murmullo de las masas imposibilita escuchar el anuncio del evangelio, las personas encadenadas a su condición a su conciencia, a sus circunstancias, a sus perspectivas se alienan. El egoísmo es el opio del pueblo.

El que permanece en el anime, debe salir al encuentro del Otro, en su condición, en su contexto, siendo fiel reflejo del evangelio del amor, el cristiano como el fruto (καρπὸν) debe reconocer su condición de “ser alimento”, su vocación primera es donarse por medio de la entrega, movido por el amor de Dios, “Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama” (Deus caritas est, 18). Por tanto, amar al otro no es el resultado de la voluntad egoísta del hombre sino, como participación del amor que abraza y traspasa, así como el fruto no es bueno-bello (καλὸν) por sí mismo, el ser humano por su fuerza no es el que salva, sino que, así como el fruto, debe proceder de una rama (κλήμα) limpia de la vid (ἄμπελος), Dios.

Solamente quien permanece en la justicia puede perseguir la justicia, solo quien permanece en la paz puede ser arquitecto de la paz, solamente quien permanece en el amor puede ser servidor del amor. Esta misión debe ser traducida en el mundo de la vida, por medio de una ética cristiana consecuente con aplicaciones en el mundo político, sin descanso por la búsqueda del bienestar social, visitando al Otro, que también se encuentra en el inmigrante, en los que habitan las calles, en los que han sido mancillados por su condición de salud o elección de vida sexual.

La alegría del evangelio nos compromete a luchar por mejores condiciones de vida para todas las personas, influyendo en la vida, por medio de la oración y cuando sea posible por conducto de la participación política también.

Permanecer en el amor es abrazar al otro y comprometer nuestra humanidad por el prójimo.

Notas

(1) Costarricense, profesor universitario, correo electrónico
estebanbeltran@outlook.com, sitio web
www.estebanbeltranulate.academia.edu